

## REPORTAJE

El museo de Arte Contemporáneo Kiasma se ha convertido en nexo entre los distintos componentes urbanos de la zona donde se halla emplazado. Está en Mannerheimintie, una de las avenidas más interesantes de la ciudad



# HELSINKI EL EDÉN BÁLTICO

Está en la lista de las ciudades con mayor calidad de vida, aunque no siempre fue así. Instalada hoy en una posición privilegiada, por su economía, su nivel educativo y su nivel de emprendimiento, Helsinki sigue siendo una ciudad dual y algo misteriosa.

Texto: **Maribel Herruzo**  
Fotos: **Oscar Elias Auad**

**F**río, mucho frío, y ese aura de misterio como de film de espías, aderezado con las gélidas miradas de sus habitantes tocados con gorros de piel de zorro, bebiendo vodka y sudando en saunas. Estos son algunos de los tópicos que nos vienen a la cabeza al pensar en Helsinki, una ciudad que hasta no hace tanto era una gran desconocida para esta parte de Europa. Las películas del director Akis Kaurismäki, de atmósfera lúgubre y desoladora, pobladas por personajes solitarios y de pocas palabras, nos hicieron pensar que Helsinki era un territorio extraño e incomprensible donde la frialdad, el alcoholismo y la soledad eran lugares comunes. Pero ese retrato tiene poco que ver con lo que hoy es una ciudad que durante mucho tiempo no fue más que moneda de cambio entre Suecia y Rusia. Haciendo equilibrios entre oriente y occidente, a Finlandia le costó encontrar su lugar e incluso su identidad nacional, pero una vez hallado y superado el bache que supuso el desplome de la Unión Soviética que tanto afectó a su economía—esos duros años 90 que retrata Kaurismäki en su filmografía—, el país, y su capital al frente, despertaron y se colocaron en los envidiados primeros puestos de la economía y el bienestar social, aunque el problema de su alta tasa de alcoholismo y de suicidios sigan siendo como una molesta piedra que no acaba de caer del zapato.



**Entre dos mundos.** No solo Helsinki, toda Finlandia participó durante siglos del vaivén provocado por sus vecinos fronterizos. Fueron los suecos quienes, en 1155, se anexionaron por vez primera el territorio finlandés. Más tarde, en 1550, bajo el reinado de Gustavo I, se fundó Helsinki para hacer frente al puerto hanseático de Tallin, entonces conocida como Reval. Helsinki fue, durante mucho tiempo, un lugar pequeño, dominado por el hambre, las enfermedades y el frío, que no avanzaba y que ni siquiera tenía estatus de capital, pues esta se hallaba en Turku. Entre 1714 y 1721, Finlandia fue invadida por las tropas zaristas de Pedro el Grande, y a partir de ahí se inicia una especie de partida entre Suecia y Rusia, en la que Finlandia juega el papel de pelota que salta de un lado a otro. De hecho, el país no alcanzó su independencia hasta 1917, y aun así, las vicisitudes de las dos grandes guerras y su emplazamiento entre el este y el oeste hicieron que Finlandia dependiera económicamente, en gran medida, de su vecino oriental. En lo cultural, son los suecos quienes han dejado mayor impronta, tanta que el sueco comparte oficialidad con el finés. Tal vez esa posición geográfica ayudara a que Helsinki fuese, durante la Guerra Fría, un punto paradójicamente caliente, el lugar donde se cruzaban espías e informaciones y donde se rodaban películas –“Gorky Park”, “White Nights”, “Carta del Kremlin” y “Reds”, entre otras– cuyas tramas incluían agentes secretos y conspiraciones varias, como si de Moscú se tratara, dada la similitud de algunas de sus calles con San Petersburgo. También aquí se materia-



lizaron los primeros signos de deshielo entre ambos mundos con los Acuerdos de Helsinki, firmados en 1975, que dieron origen a lo que hoy es la Organización para la Seguridad y Cooperación en Europa (OSCE).

Sobre el parecido entre Helsinki y San Petersburgo, cuando el zar Alejandro I, Gran Duque de Finlandia, trasladó la capital de Turku a Helsinki, fue el arquitecto alemán Carl Ludvig Engel –que había vivido y trabajado en la ciudad rusa– el encargado de darle formas neoclásicas al centro de una ciudad que hasta entonces no destacaba por su diseño. También fue este zar ilustrado quien concedió una amplia autonomía al país, dando origen a lo que luego sería el Estado finlandés. Así, entre la influencia escandinava y la eslava, los finlandeses –que, a diferencia del resto de pueblos nórdicos, pertenece a la estirpe finougria y no a la germánica– fueron postergando su identidad, hasta que en el siglo XIX, y bajo el epíteto de “Kalevala”, Elias Lönnrot empezó a recopilar el folclore oral y la mitología para dar forma a un nacionalismo hasta entonces adormecido. Este renacimiento cultural fue apoyado por las autoridades rusas, que así intentaban contrarrestar la todavía importante influencia sueca. Curiosamente, y pese a que los últimos años de ocupación rusa no dejaron buenos recuerdos, en Helsinki se conservan muchas calles con nombres relacionados con el Imperio Ruso y una estatua de Alejandro I se muestra erguida y orgullosa frente a la Catedral.

Aún sumergida entre dos mundos, en lo cultural, político y económico, Helsinki –y por extensión Fin-



landia– practicó durante los años de la Guerra Fría una política de neutralidad que le permitió, pese a su inevitable relación comercial con la entonces Unión Soviética, formar parte del sistema del libre mercado y conseguir extender el llamado modelo de “estado del bienestar” que, a su vez, rebajó la influencia comunista en sus ciudadanos. Pero con el colapso de la Unión Soviética, en los inicios de la década de los 90, el PIB real del país cayó en picado. Esa es la época que Kaurismäki tan bien refleja en sus obras: hombres y mujeres sin presente ni perspectivas de futuro. Afortunadamente para los ciudadanos finlandeses, la crisis no se perpetuó demasiado en el tiempo. En 1993 Finlandia se unió a la Unión Europea, lo que obligó a un importante ajuste estructural de su economía. Pocos años más tarde, el milagro económico logrado por el país –que ahora basa la mayor parte de su economía en el sector servicios y en la industria de alta tecnología– asombró al mundo. Una conocida marca de telefonía móvil que no hace falta ni nombrar es el paradigma de este milagro económico que ha transformado totalmente el papel de Finlandia en el concierto de las naciones. Y hay que añadir que el área metropolitana de Helsinki contribuye aproximadamente con un tercio del producto nacional bruto del país.

**Un lugar donde vivir.** Por muchas de las razones arriba mencionadas, Helsinki aparece desde hace unos años en puestos de podio cada vez que se habla de



ciudades con mayor calidad de vida. Para empezar, un tercio de la ciudad está ocupada por zonas verdes, parques públicos y bosques urbanos. La población apenas sobrepasa el medio millón de almas, y la mayoría de los grandes edificios no superan los 30 metros de altura –cuestión de dejar que el sol llegue a las calles durante el invierno–, con lo cual Helsinki conserva cierto aire de ciudad de provincia que contrasta con su cada vez mayor vida cultural y un cosmopolitismo creciente, reflejado en el crecimiento del número de eventos de carácter internacional.

No hace falta leer ningún estudio económico para darse cuenta del alto nivel de vida de Helsinki. Basta sentarse en una terraza y pedirse un café, tomar un taxi o encargar una cena. Tampoco necesitamos dichos informes para comprobar que la capital finlandesa es una de las más seguras del mundo: apenas se ven ni se oyen coches policiales y los estudiantes en la universidad dejan sus pertenencias colgadas a la entrada, sin temor a que desaparezcan. ¿Tendrá esto que ver con el carácter marcadamente luterano de los finlandeses o con la envidiada educación que han recibido en los últimos años? Sobre la educación, podrían escribirse tomos de lo que ha hecho Finlandia al respecto; el caso es que los magníficos resultados que obtienen desde que empezó a elaborarse el informe PISA en el año 2000 es –debe serlo– una suma de numerosos factores: la gran importancia que el Gobierno concede a ese derecho ciudadano, que hace que se destine entre un 11 y un 12% de los presupues-

## HELSINKI

En la página de la izquierda, dos escenas de la vida cotidiana de Helsinki, descansando en la terraza de un restaurante y de paseo por la Plaza del Mercado. Junto a estas líneas, playa en la fortaleza de Suomenlinna y detalle arquitectónico de uno de los edificios de la capital.

## HELSINKI



tos del Estado; el encaje de la estructura familiar con el colegio y los recursos socioculturales; la herencia cultural luterana, que potencia y premia el esfuerzo; el temprano estímulo por la lectura, que incluye los programas subtítulos en los canales televisivos; y, sobre todo, la gran importancia que se da a la formación de los maestros de primaria, cuya labor es de las mejor consideradas socialmente. En resumen, una serie de elementos que consiguen que el abandono escolar se cifre en apenas un 0,2% frente al 12,6% en Euskal Herria, y eso que esta cifra se sitúa por debajo de la media de la UE.

Razones para no mudarnos todos en masa a vivir a Helsinki, esa especie de paraíso terrenal rodeado de aguas gélidas y habitado por rubias valquirias, también existen, y aunque parezcan mundanas influyen, y mucho. La primera es que pese a que en los meses de julio y agosto la capital disfruta de casi 20 horas de luz y alcanza ya fácilmente los 27 grados, en los meses invernales la oscuridad y la nieve se hacen eternos. Algunos opinan que puede ser una de las razones de tanta creatividad, estudio, inventiva y conexión a Internet. ¿Qué más se puede hacer durante meses de frío y oscuridad? Tal vez, pasear por los túneles subterráneos repletos de comercios que han hecho de Helsinki una especie de ciudad gruyère.

Otra razón para visitar Helsinki pero no vivir en ella:

uno de sus idiomas oficiales, el finés, es endiablada-mente difícil de aprender, y pronunciar alguna de sus kilométricas palabras es indispensable para encontrar cualquier tipo de trabajo aquí. Lo curioso es que algunos estudios –sin avalar y muy cuestionados– parten de la hipótesis de que las lenguas que no descienden del tronco indoeuropeo –como el euskera, el finés o el húngaro– están, de alguna manera, emparentadas.

Por lo demás, Helsinki parece, contra los pronósticos de su director más conocido, una ciudad ideal para instalarse, si se sabe lidiar con el carácter finlandés, más tímido, evasivo y educado que al que estamos acostumbrados.

**La ciudad coqueta.** Dicho esto, Helsinki merece una o varias escapadas, porque pese a sus dimensiones –ostenta el récord de ser la ciudad de menor tamaño que ha albergado unos juegos olímpicos–, sorprende su variedad, sobre todo si somos amantes de la arquitectura y el diseño. Acerca de la primera disciplina, la ciudad combina tres estilos que coinciden con tres marcados periodos: el clasicista impuesto por los zares rusos, como el que se puede apreciar en la concurrida y céntrica Plaza del Senado; el nacionalista o carilista, nacido como reacción al anterior y que puede apreciarse en el Museo Nacional o la iglesia Kallio, pero cuya máxima expresión se muestra en la impre-



Jean Sibelius, el gran compositor finlandés, está presente en la plaza y monumento que llevan su nombre (a la izquierda). En esta página, vista del puerto y característico vagón en la Estación Central.

## HELSINKI



sionante Estación Central de Ferrocarril; y la arquitectura moderna, encabezada por los edificios del arquitecto finlandés más emblemático, Alvar Aalto. Ejemplos de este último estilo los encontramos en el Finlandia Hall, el museo Kiasma, el nuevo Parlamento o las construcciones del conocido como barrio tecnológico o Ruoholat, donde se encuentra el Nokia Research Center o Kaapelitehdas, una antigua fábrica de cables reconvertida en centro cultural.

Una ruta clásica podría empezar por la extensa Plaza del Senado, una especie de kilómetro cero de la ciudad, con su imponente y blanca catedral luterana, Tuomiokirkko, situada sobre una loma a la que se accede por unos escalones que sirven de improvisados asientos. Flanqueando la plaza se encuentra la Universidad y el Senado. Caminando algo hacia el sur llegamos al Parque de la Esplanada, uno de los lugares más concurridos y animados en verano, por sus terrazas y actuaciones. Entre los cafés situados en los flancos, destaca el Kappeli, con sus casi 150 años de historia y mesas donde antaño se sentaba la elite cultural del país. Del extremo oeste del parque parte una de las avenidas más interesantes, la larguísima Mannerhei-

mintie, en cuyo recorrido se encuentra la Estación Central de Ferrocarril, la Galería Nacional, el Kiasma o Museo de Arte Contemporáneo, la Ópera Nacional, el Parlamento, el Museo Nacional y el Finlandia Hall de Alvar Aalto. Las calles que rodean el parque de la Esplanada (Erottajankatu, Uudenmaankatu, Iso Robertinkatu...) se han constituido en el llamado Distrito del Diseño, repleto de tiendas, antigüedades, museos, galerías, restaurantes, *showrooms* y agencias, ideal para descubrir el diseño finlandés. Cerrando el círculo, el paseo acabaría en el *Kauppatori* o Plaza del Mercado, situada junto al puerto y repleta de puestos callejeros. Pero este es solo el itinerario imprescindible. Si hay tiempo para más hay que cruzar el puente de la plaza del Mercado que lleva a la península de Katajanokka y visitar la rojiza y ortodoxa Catedral Uspenski, cuya estética recuerda los años de influencia rusa. Este edificio bizantino-eslavo es la catedral ortodoxa más grande del mundo occidental. La zona está repleta de joyas Art Noveau y hoy es uno de los más prestigiosos distritos residenciales, donde viven escritores, celebridades varias e incluso algún antiguo presidente de la república.



Al norte de la Plaza del Senado está el barrio de Kallio, el más joven y bohemio de Helsinki. Antiguamente hogar de la clase trabajadora y hoy repleto de gente joven que ha recuperado una zona abriendo locales, cafés, restaurantes, etc. Su espíritu libre puede apreciarse en el mercado de Hakaniemi o en su animada escena nocturna. Otro lugar interesante para pasar un día de picnic es la isla fortaleza de Suomalina –los ferrys parten de la plaza del Mercado–, en cuya superficie los suecos construyeron una base militar en el siglo XVIII y que ahora se ha convertido en una de las atracciones de la capital finlandesa, incluida en el listado de Patrimonio de la Humanidad de la Unesco. Además de visitar la fortaleza o pasear por sus murallas, desde aquí se tiene una vista privilegiada del Golfo de Helsinki y del resto de islas que lo pueblan. Nadie se pierde, tampoco, la vista a la iglesia de Temppeliaukio, –excavada en una roca y cuya acústica especial permite ofrecer conciertos– y al monumento al compositor Sibelius, en el parque del mismo nombre, en el distrito de Töölö.

Las recomendaciones gastronómicas y étlicas nos llevan a lugares tan curiosos como el Kafe Moskova –re-

gentado por los hermanos Kaurismäki–, una especie de oda a la era Brézhnev, con su estilo soviético y su ambiente ascético y acogedor al tiempo. Se encuentra en el barrio de Kamppi, que también alberga una curiosa y relajante Capilla dedicada al silencio, la paz y la desconexión. Para comer, las extravagancias nórdicas del restaurante Spis o los más tradicionales y recomendados platos de una institución como el Seahorse, que ha tenido comensales tan ilustres como Pablo Neruda o Dizzy Gillespie y cuyos propietarios no dudan en fomentar el misterio acerca de quién pintó los famosos caballitos de mar cabalgando entre las olas.

Aún queda una recomendación imprescindible acerca de ese invento finlandés tan peculiar como es la sauna. Arla, en el barrio de Kallio, es una de las pocas antiguas saunas públicas que quedan en la ciudad que aún usan madera, algo lógico si se tiene en cuenta que se inauguró en 1929. ¡Ah! Y sorpresa: existe una modalidad de tango finlandés, cuyo máximo exponente es Olavi Virta. A juzgar por su tono de voz, las letras deben ser desgarradoramente tristes. Nada que ver con un verano en Helsinki.

**En verano, cuando se puede disfrutar de casi veinte horas de luz al día, las calles de Helsinki bullen de actividad. Sobre estas líneas, imagen del Mercado de las Pulgas; y a la izquierda, un tranquilo y singular café en el barrio de Töölö.**